

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Los villancicos que se nos van

Los villancicos son composiciones poéticas populares que se suelen cantar en la Navidad. Cantar villancicos es el modo más sencillo, más directo y más hermoso de acercarnos al niño-Dios para adorarlo.

Así se hace ahora, y así lo han hecho generaciones y generaciones de nuestros antepasados. Gentes de todas las edades y de toda condición social se expresan y se han expresado así, cuando aparece en el firmamento la estrella que guía hasta el portal de Belén.

Los villancicos tienen, para los creyentes, un profundo valor religioso y emotivo, y para los no creyentes, un indudable valor cultural, profundamente enraizado en la tradición y en la Historia.

La gracia que tienen los villancicos es que, a unas letras ingenuas y de gran ternura, se une una música sencilla y bella que cae en el corazón de las gentes. Lo esencial de los villancicos son sus letras, porque en ellas se contiene el mensaje que se quiere transmitir. La música es un mero vehículo y, por tanto, aún siendo de gran valor, no tiene más que carácter accesorio.

Desde los años de mi temprana juventud hasta ahora han cambiado esencialmente tres cosas: 1) Entonces los villancicos se cantaban. Ahora se escuchan. 2) Entonces solíamos saber las letras íntegras. Ahora casi se ignoran, convirtiéndose, así, los villancicos en música de tarareo, y 3) Entonces los villancicos quedaban en el ámbito exclusivo de la religiosidad o, si se quiere, de la cultura popular. Hoy este ámbito ha sido extensamente invadido por los intereses comerciales y del espectáculo.

Entonces se solían cantar los villancicos, bien en solitario, o bien en grupo, haciéndolo mejor o peor, según las dotes de cada uno. Ahora bien, los coros de las iglesias, de las escuelas o de otras agrupaciones, los incluían invariablemente en sus repertorios, y cuando los interpretaban hacían las delicias de los oyentes.

Los chavales aprendíamos en las escuelas a cantar los villancicos. Donde había profesor

de música, que era en pocos centros, era él quien se encargaba de enseñarlos. Y donde no había, era el maestro quien se las apañaba como podía para enseñarlos. Primero escribía la letra en la pizarra, estrofa por estrofa, y luego, con la buena voluntad de todos, le íbamos acompañando la música.

Nuestros padres solían saberlos todos y, así, en casa, se ultimaba el aprendizaje, y quedaban los villancicos listos para ser cantados por toda la familia ante el belén que habíamos montado en un ladito del comedor.

Ocurría también que, en la escuela, nos enseñaban Historia Sagrada, lo cual nos ayudaba a comprender mejor el mundo en que vivió la Sagrada Familia, y a compenetrarnos con el sentido de los cánticos y con la ambientación belenística.

Hoy, vemos con tristeza, cómo muchas personas ignoran las letras de los villancicos, los mayores porque las han olvidado, y los pequeños porque no las han aprendido. Y así, resulta que, cuando se intenta cantarlos, unos se quedan mudos y otros alcanzan a lo sumo, a hilvanar el principio del estribillo y a tararear la música.

En nuestros días se da la paradoja de que los villancicos, aún siendo los grandes desconocidos, suenan a muchas personas como canciones conocidísimas. ¡Y, de verdad, que lo son! Su música ha atronado las calles céntricas

de las ciudades y los recintos de los grandes y pequeños almacenes, durante todas las fiestas navideñas, e incluso mucho antes. El comercio ha comprendido que hay que utilizar los villancicos para producir en la gente el reflejo condicionado de festividades, en las cuales hay que gastar mucho dinero.

Vista esta situación, me temo que los niños, que no han aprendido villancicos ni en la escuela ni en su casa, acaben pensando, con toda razón, que los villancicos son los himnos del gremio de comercio, y que son unos himnos simpáticos, porque cuando los oyen, sus papás compran turrón, peladillas y alfajores.

Los villancicos, aún siendo los grandes desconocidos, suenan a muchas personas como canciones conocidísimas

(*) Profesor de Investigación